


Niña de octubre

LINDA BOSTRÖM KNAUSGÅRD

Traducción de Rosalía Sáez

gatopardo ediciones 

Título original: *Oktoberbarn*

Copyright © Linda Boström Knausgård, 2019

Publicado con la colaboración de Copenhagen Literary Agency ApS,
Copenhague

© de la traducción: Rosalía Sáez, 2021

© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2021

Rambla de Catalunya, 131, 1^º-1^ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: febrero de 2022

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: © Bo Bartlett, VEGAP, Barcelona, 2021

Imagen de la solapa: © Jasmin Storch, 2019

ISBN: 978-84-123021-9-6

Depósito legal: B20325-2021

Impresión: Liberdúplex S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley,
la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea
electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de
cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NIÑA DE OCTUBRE

Me gustaría poder contarle todo acerca de la fábrica. Ya no puedo. Pronto no recordaré mis días ni mis noches ni por qué nací. Solo puedo decir que estuve allí durante varios periodos de diversa duración entre 2013 y 2017 y que sometieron mi cerebro a tal cantidad de corriente eléctrica que estaban seguros de que no sería capaz de escribir esto. Primero, de forma intensiva, en una serie de doce sesiones de terapia. Era la palabra que utilizaban. Una palabra que neutralizaba su actividad y que supuestamente reduciría el miedo a la intervención. Decían que la terapia era suave y que podía compararse a reiniciar un ordenador. En serio, utilizaban ese tipo de símiles lamentables. Era un lenguaje creado por quienes piensan que el sufrimiento de una persona puede aliviarse así, y estaban tan acostumbrados a usarlo que una intervención se convertía en algo que olvidaban con la misma facilidad que la última mentira. Hacían veinte intervenciones al día. Esos festejos en cadena coronaban la obra de aquel negocio sin supervisión. Allí arrasaban como querían, y si alguien lo dejaba, siempre lo podían explicar diciendo que la persona en cuestión no respondía al tratamiento. En esas oca-

siones, hablaban con orgullo de los resultados. Cerraban cualquier resquicio de contacto con la realidad. Tenían tal miedo a que los inspeccionaran que culpaban de todo al paciente. Ese era imposible de tratar. Ese se encontraba en una fase demasiado avanzada. Esa otra estaba desesperada. Esa anciana se había cronificado y debería haber vivido en otra época en la que le permitieran relacionarse con los demás, una vida adaptada a sus capacidades. Tres horas de paseo libre por el parque y en manos de una enfermera que nunca le reprochara nada. Eso pertenecía al pasado y nadie quería ya tener pacientes crónicos en su sección. Todos querían mostrar resultados, y los resultados se obtenían con ayuda del famoso tratamiento de electrochoque, que era la respuesta a los padecimientos de todo individuo. Les vendían esos tratamientos a pacientes que no podían sino creer en lo que el jefe de servicio médico decía en el breve espacio de tiempo en que de verdad podían hablar con él. Diez minutos una vez a la semana, sin posibilidad de preguntar. Los más problemáticos recibían mayor intensidad de corriente. Eso lo sabía todo el mundo.

Yo tenía una debilidad en mi interior y por todo mi ser, y por ello me encontraba con frecuencia en *places* así.

Ya me habían aplicado electrochoques en varias ocasiones. Lo sabía todo sobre esa terapia.

A las cinco de la mañana venía a la habitación una enfermera para ponerte una aguja. Por el modo en que tiraban de la manija ya sabías si iba a doler o no. A

Zahid le daba miedo clavar agujas, así que siempre fallaba y enseguida empezaba a sudar en la sala estrecha. Tal vez no fuera tan raro que no atinara, porque las lámparas de la habitación daban una luz muy débil. El que los otros localizaran la sangre de mis venas parecía un milagro en aquella penumbra. Al final Zahid me clavaba la aguja en el dorso de la mano, donde las venas se distinguen mejor, pero donde el pinchazo es más doloroso para el paciente. Si era la enfermera Maria quien abría la puerta, ya sabías que apenas ibas a notar el pinchazo. La aguja se deslizaba sin dolor, y para ella todo eran sonrisas de gratitud. Aalif clavaba la aguja de golpe. No fallaba nunca y, claro, eso se agradecía, pero el agujazo era tal que el dolor anulaba por un momento la realidad en la que uno se encontraba. Algunos pinchaban varias veces sin atinar, las venas se les escabullían siempre. Lo extraño era que siempre eran las mismas personas a las que se les escapaban las venas, y otras pinchaban sin avisar. Esas veces yo gritaba de dolor. Necesitaba prepararme para la invasión de la aguja. Oír: Voy a pinchar, para así poder espirar cuando la aguja penetrara la piel y de ese modo hacer desaparecer el dolor por arte de magia, o al menos conseguir que fuera manejable. Cuando la aguja ya estaba en su sitio, fijaban con esparadrapo un dispositivo con una vía, lo enjuagaban con una solución salina para comprobar que la vía funcionaba, de modo que el somnífero tuviera libre acceso a las funciones corporales de uno y también a la mente, hasta que enseguida uno se rendía. Una capitulación total.

Pero antes. El camino hasta ahí. Nunca podías ir allí solo. Un cuidador te acompañaba siempre y, por lo general, era Aalif el que venía a recogerme a mí. Aalif me gustaba. Estaba bien. Era de uno de los países más cálidos y había venido huyendo de la guerra. Recorríamos juntos los veinte metros más o menos. Primero fuera de la sección, luego tres pasos a la izquierda para entrar en el corto túnel que conducía a la fábrica.

Nos sentábamos en fila en una sala de espera, los que íbamos a recibir la terapia y nuestros acompañantes. Allí dentro la cosa iba a una velocidad de vértigo. Lo tenían muy bien organizado. Como ya he mencionado, conseguían meter a veinte desgraciados cada mañana. Estábamos sentados en la sala de espera y yo casi nunca decía nada, pero si la sangre fluía más rápido, hablábamos del país de Aalif. Le preguntaba por la guerra y si no le parecía espantoso estar en este país, donde nadie se sentaba fuera por las noches y donde las conversaciones que la gente mantenía trataban exclusivamente de si uno era una persona con la que había que contar o si era una persona con la que no había que contar. Aalif respondía con un gesto que significaba qué le vamos a hacer y decía: Esto es mejor. Mejor para la familia.

La mayoría de las veces yo me quedaba allí sentada con la vista clavada en la puerta, que se abría cada tanto, y un alumno de medicina rubio y lozano con los dientes blancos decía un nombre y entonces o bien te quedabas sentado en el banco de la sala de espera o si el

nombre que decían era el tuyo te levantabas y entrabas en la consulta con tu acompañante.

Una vez dentro, no había tiempo para vacilaciones. A la camilla. El anestesista: ¿Has comido o bebido algo hoy? ¿Tienes algún diente postizo?

Te tomaban la tensión mientras la enfermera fijaba los electrodos en la parte superior del pecho y en la frente. Luego venía el alumno con el oxígeno que aspirabas para oxigenar el cerebro. El anestesista te decía que pronto te habrías dormido y entonces te inyectaban el frío somnífero en la sangre a través de la vía a tal efecto preparada. Era como beber oscuridad.

Lo que ocurría después, cuando ya estabas dormido, me lo ha contado Aalif. Primero te ponen un protector dental, para que no te muerdas la lengua. El relajante muscular te lo inoculan por la vía, para evitar que el cuerpo se mueva de aquí para allá en la camilla. Y luego hay que elevar la potencia eléctrica para provocar una convulsión. Luego, iba rápida la cosa con la corriente. Esa corriente en la que ellos depositaban su confianza. Esa corriente que redimía a los médicos. Esa corriente que, sin efectos secundarios, aportaría el alivio que ningún medicamento podía dar.

Esa corriente que, durante unos segundos y hasta un máximo de un minuto, causaba los ataques espasmódicos que eran la clave misma de una terapia exitosa.

Lo que sucedía una vez que pasaban los espasmos lo contaré en otra ocasión, pero por ahora puedo decir que todos los pacientes descansábamos alineados en

unas camillas estrechas uno al lado del otro, tan cerca que casi nos rozábamos. Cada uno en su propia oscuridad, en un sueño que no es posible comprender. Allí estábamos tumbados durmiendo detrás de una cortina. Era importante que el paciente que entraba en la sala no viera a los durmientes. Era importante no asustar a nadie que fuera a recibir aquella terapia tan ligera, pero yo había visto a los durmientes muchas veces pese a todo, y la idea de que pronto yacería allí como uno más, ignorante de lo que me ocurriera, me asustaba más que la corriente misma.

Que luego hubiera grandes fracciones de tiempo que yo no recordaba no le importaba a nadie. Contra ponían la pérdida de memoria al efecto de la terapia. ¿Y cuánto pesan los recuerdos? ¿Cómo se miden? ¿Cómo se valoran los recuerdos? Los recuerdos tenían un estatus muy bajo en la fábrica. Preferían tratarte cuatro semanas aplicándote corriente a que deambularas por la sección dando tumbos durante varios meses.

Para los que trabajaban con los márgenes del ser humano era un sentimiento embriagador poder al fin mostrar resultados y, por tanto, conseguir que los invitaran a los círculos más elegantes.

Yo era escritora en ese momento. Una profesión pésima. Ningún alivio. Ningún consuelo. Ningún descanso. Ninguna alegría. Solo vivos recuerdos del lugar en el que escribí, fantasías y palabras que a veces daban en el clavo. Escribía tan de tarde en tarde que era ridículo llamarme escritora, pero en cualquier caso eso era lo que hacía. Escritora era mi segunda opción. La

primera opción era actriz, algo que intenté llegar a ser de muy joven. Tenía un talento irregular. Podía ser muy buena una noche, totalmente libre en el escenario, y entonces sentía una felicidad que no se podía describir. No había palabras para un alivio como aquel. Ser libre y aun así saber qué es lo que va a suceder. Protegida entre los demás, pero yo misma pese a todo. Era el paraíso en la tierra.

Aun así, me parecía que no era una elección mía. No era una conquista propia. Fue mi madre la que descubrió esa profesión y al final yo no quise seguirla a ella. Además, lo del teatro era insoportable las noches que decía mi parte sin liviandad, como una principiante sin talento y con la angustia como única compañía. Era consciente de que no se podía ser tan irregular en esa profesión. La razón me decía que abandonara mi sueño y eligiera lo que siempre había estado latente. La escritura.

De niña escribía más que ahora. No tengo nada que decir. Y además estoy pasando algo así como una crisis. No son solo las sesiones y los días yendo y viniendo por el pasillo, sino que me encuentro totalmente sin protección.

Estoy sola conmigo misma. No tengo ningún amigo en la ciudad en la que vivo y mi marido me ha dejado. Se cansó de ser él quien mantenía todas las conversaciones con los niños cuando nos sentábamos a la mesa. Bromeaba con ellos un poco más de la cuenta para ocultar el hecho de que yo nunca dijera nada. Ni a la hora de comer ni en general. Salvo cuando me ponía

a hablar como si las palabras no fueran a agotarse nunca. Yo estaba mucho fuera. Pasaba muchas temporadas en este hospital. Mi enfermedad nos hundía a todos. Era una existencia que él no deseaba. Todo nuestro amor se transformó en un jersey que pica del que había que deshacerse. En cuanto te quitas el jersey, las cosas vuelven a estar bien.

No recé durante esos años. ¿Se me olvidó pedir que el amor durase toda la vida? ¿Puedo achacar mi descuido a algo? ¿Por qué no me comporté mucho mejor mientras vivimos juntos?

No lo sé.

Tú sabes cuántos estados de ánimo albergo al mismo tiempo. La cosa empeoró al final de la relación.

He decidido ver esto, lo nuevo, como una prueba de Dios.

En el instituto hice dos trabajos largos, uno sobre Sófocles y otro sobre Job, el de la Biblia. Me imagino que he entrado en la era de Job.

Deber, trabajo, y un cielo cerrado.

Un buen día me encontré sola en una casa y sin saber cómo continuar mi vida. No valía nada, puesto que nadie me quería y no era capaz de hacer nada. La soledad era muy intensa y no se me ocurría cómo vivir la vida sola, así que me convertí en alguien que vivía la vida de nadie. No era nadie. Hacía como que vivía, claro, pero no vivía de verdad. Me imaginaba que iba a desaparecer, o que iba a matarme a mí misma, pero de modo que pareciera un accidente. Estuve buscando en la red la

manera de recrear el accidente perfecto. Aunque no me acordaba, debí de preguntar también en la red cómo conseguir un arma, porque US Army empezó a enviarme mensajes y lo primero que me escribieron fue: «*You can't stand all this freedom*». Y en eso tenían razón. Esa clase de libertad no era para mí. Lo segundo que me escribieron fue que por una buena cantidad podía comprar en su tienda lo que quisiera. Entonces comprendí que no era US Army quien me escribía, sino una tienda de armas que se llamaba así. Si pienso en quitarme la vida, también pienso que la forma más sencilla es pegarse un tiro. De eso sí sería capaz, pero resultaría difícil conseguir que pareciera que me había disparado otra persona, así que con cierta pereza empecé a buscar otras opciones. Para todo era demasiado cobarde. No era capaz de saltar de una gran altura ni de tomarme todas las pastillas que había allí, como una posibilidad, en la cajita de metal. Una vez me puse en contacto con los bajos fondos. Tomé el tren hasta la gran ciudad del horrendo extremo del país en el que vivía. Sabía adónde tenía que ir. Todo el mundo lo sabía. Me acerqué al que tenía más seguidores a su alrededor y le pregunté cuánto me costaría que alguien me empujara delante de un tren. Me habían dado una beca, y esa era la cantidad que tenía a mi disposición. Él se echó a reír cuando le dije cuánto podía pagar. ¿Quién arriesgaría su vida en libertad por esa suma tan ridícula?, me preguntó, y si pensaba volver a molestarlo debería mostrarle cien veces esa cantidad. Me fui de allí muerta de vergüenza. ¿Quién era yo? ¿En qué había caído y cómo podría salir de ahí?

Me concentré en los niños. Preparaba la comida, todo casero, y los tenía cerca de mí tanto como podía. A pesar de todo, estaban conmigo por obligación. Los mayores se pasaban todo el tiempo deseando volver con su padre. Cuando estaban con él, la relación iba mejor por teléfono, lo cual era un consuelo, aunque siempre había reproches. Aquello era culpa mía. Yo era la que había separado a la familia.

Los pequeños querían estar conmigo, y el hecho de poder estar cerca de ellos y cumplir todos sus deseos se asemejaba a la alegría. Se me daban bien los pequeños y peor los mayores, que exigían buenas respuestas a sus preguntas; no mis respuestas de pacotilla. No estaba presente con todo mi ser, sino que me veía arrastrada al fondo de una tierra de nadie donde no se atisbaba ninguna posibilidad de una vida verdadera. Un problema considerable era que no me atrevía a estar triste. Me negaba a aparecer ante ellos como la perdedora que era. Nada de lágrimas. No pasaba nada, me decía a mí misma. De todos modos, no me interesaba la manera que él tenía de medir la distancia. Y eso era verdad, sí, pero más verdad aún era que estaba petrificada.

Al mismo tiempo que aquello ocurría, resultó que un libro que yo había escrito tuvo éxito. Era desconcertante. Una especie de alegría en medio del dolor al que yo no hacía caso. Publicar libros no es cosa para espíritus inquietos. O al menos para espíritus inquietos en apuros.

Al cabo de unos meses, se produjo un ingreso urgente.

Había tomado el tren nocturno al norte para ver a Kristofer, de mi editorial. Íbamos a eliminar la mitad de lo que me había comprometido a hacer. Me había liado. Se suponía que iba a estar la misma noche en Oslo y en Washington. También había varias presentaciones de escritores, visitas a bibliotecas. Nada que no se pudiera posponer.

En cambio, había ciertas cosas que no quería cancelar de ninguna manera. Iba a ir a Jerusalén con dos escritores y con la mujer que había planeado el viaje. Íbamos a una lectura en una cafetería, y luego continuaríamos viaje a Tel Aviv para ver a Amos Oz en su casa. Yo había empezado a leer a Amos Oz en profundidad, *En la tierra de Israel, Una historia de amor y oscuridad*.

Lo bueno era que nos prometieron bastante tiempo libre para pasear y explorar las ciudades. Llevaba toda mi vida adulta leyendo libros sobre Jerusalén. No se me escaparía nada. Pasearía por la ciudad santa entre los lugares sagrados. Por alguna razón estaba segura de que tenía una idea sólida para una obra dramática. Me habían encargado que escribiera una pieza de teatro, pero no conseguía empezar. Fantaseaba con una obra que abordara el tema del origen común de las tres grandes religiones. Y seguiría inventando a partir de uno de los relatos, no diré de cuál. Comprendí que resultaría extraño ver la antigua Jerusalén al lado de los centros comerciales que surgen en todas las partes del planeta a una velocidad de vértigo; que sería algo así como un choque, y que se trataba de no dejarse influir por ello.

Saqué la Biblia otra vez para tenerla a mano. Me compré una guía turística de Jerusalén.

En realidad, no sabía tanto de la ciudad como fingía saber. Tenía lagunas históricas, pero seguro que tenía tiempo suficiente para prepararme.

Me levantaré pronto una mañana y, con la frente en el Muro de las Lamentaciones, rezaré pidiendo ayuda.

Llegué temprano a la estación Central y lo siguiente que recuerdo es a mí misma en un anticuario, admirando tres iconos que ahora tengo delante de mí en una mesa, rodeados de libros. Compré los tres, por una suma que en realidad no tenía. Estoy pletórica de alegría. El arcángel Gabriel, Miguel, san Jorge y el dragón. He encontrado la defensa que siempre deseé tener y me voy del anticuario llena de confianza. Es lo que se llama un momento decisivo. A partir de ahora, mi vida es otra. Eso es lo que me dicen los iconos. Lo siguiente que recuerdo es que Kristofer me da un broche. El que siempre lleva puesto, en el que se lee 1984, y, en ese momento concreto, considero que es mi año. Yo soy la dueña del broche. Lo cojo, y luego me siento en una sala de espera con el techo de oro. Cuando me despierto, mi madre se acerca. Estoy acostada en una cama y ella se acerca igual que se ha acercado ocho, once o treinta veces, y me da palmatitas en la cabeza y estoy en el hospital y ella me visita y todo es como de costumbre. Solo que estoy en la ciudad equivocada.

¿Dónde suelen tratarte? Es importante que estés donde te conocen. Como si los de su gremio llegaran a

conocer a alguien alguna vez. Los que me conocen son mi exmarido y ¿quién más? Al menos no los de la sección que hay junto al lago, desde luego. Hacen una llamada y me trasladan al avión ambulancia y durante todo el viaje hay tres personas que me miran. Todo el tiempo me miran mientras yo estoy tumbada y atada a una camilla y me pregunto qué creen que voy a hacer. ¿Secuestrar el avión? ¿Estrellarlo contra una montaña? Eso exactamente es lo que haría si no fuera tan cobarde y tan sin ideas.

Me dieron el pase prioritario a la fábrica. Se precisaba un ajuste decidido y temprano.

Estuve durmiendo hasta que me desperté y no sabía quién era, dónde estaba ni por qué. En esa ocasión me arrebataron una de mis nueve vidas. Ya había gastado cinco, así que solo me quedaba una. Me las arrebataron como si no fueran nada.

Dieciocho sesiones. No recuerdo mucho. Casi nada. A ellos, eso les da igual. Me sorprende que a mí me importe, pero así es. Abordo el asunto con un jefe de servicio que se encuentra allí casualmente durante los diez minutos de los que dispongo. Nunca es el mismo médico. Nadie quiere quedarse en esta sección, que huele a confusión y a miedo. Solo algunos cuidadores y enfermeras son siempre los mismos, Zahid, Aalif, Maria, Christian, con quien juego al ajedrez, Lennart y Muhammed, que a veces se manifiesta como un dios entre nosotros los mortales. Iba recorriendo las secciones y lo llamaban allí donde más violenta era la situación. Como aquella vez en que Thobias quería pegarme por-

que pasé por delante de su puerta, que estaba abierta, en el mismo instante en que él estaba pensando en su mujer.

Era un día de verano y hacía sol, y la sección sudaba bajo el calor que dejaban pasar las ventanas de plástico, y el joven, yo lo llamo Trudy, y yo nos habíamos refugiado en el balcón enrejado que había al final del pasillo. Yo me puse a hablar de lo bonito que era ver los transbordadores que cruzaban de un lado a otro del estrecho y de la irritante proximidad al castillo de Kronborg, donde vivió Hamlet.

¿Te das cuenta de lo cerca que estamos del castillo, y de que aun así nunca hemos estado allí? Es una desfachatez, un fallo, pereza, casi un pecado mortal.

Pero ¿qué dices?, preguntó el joven mirando al agua. En ese momento comprendí que era la primera persona que conocía que no sabía quién era Hamlet. Mientras estaba allí, al sol, detrás de la reja que impedía que nadie se lanzara por el balcón, pensé si hablarle de Hamlet, pero ¿qué le iba a decir?

Hamlet era un joven príncipe que había perdido a su padre, y por el fantasma de su padre supo hacia eso de la medianoche que había sido asesinado por su propio hermano, que enseguida se casó con la reina, la madre de Hamlet. Y no lo soporta.

Trudy (odiaba que lo llamaran así) me acercó la cara. Yo retrocedí un poco y le solté un montón de citas de Hamlet, porque en honor a la verdad me ponía nerviosa. Un jovencito con todas las preocupaciones que un jovencito tiene en la cabeza.